

JULIO GONZALEZ HERRERA

---

# PEDRO SANTANA

Examen de una Combatida Gloria

COLECCION  
"MARTINEZ BOOG"  
SANTO DOMINGO, - REP. DOMINICANA

EDITORIA MONTALVO

*Ciudad Trujillo, R. D.*

1949





BN  
923.57293  
523280  
5743

A mi desafortunado  
Dr. Manuel Mateo  
Cor de asen este  
11/27/49  
11/27/49

Los grandes hombres dependen del lugar i  
del momento en que les tocó actuar. Es impo-  
sible comprenderlos i amarlos con amor inteli-  
gente, si se desconocen el lugar, el tiempo i las  
circunstancias dentro de las cuales actuaron.

GOETHE.

I

Una de las controversias más vivas e interesantes en la historia de la República Dominicana, es la que se deriva del estudio de la personalidad del General Pedro Santana. Entre nosotros se dá el caso de que la torpe pasión (que muchos creen es ardor patriótico), oscurezca de tal manera el entendimiento que es a veces muy difícil, si no im-

posible, el colocar a nuestros personajes históricos en el justo lugar que les corresponde.

Con respecto a los "padres de la patria", por ejemplo, se ha caído en el absurdo de que haya "duartistas" y "sanchistas", todo porque existen muchas mentes que no comprenden la grandeza de un héroe sino a expensas de otro héroe. Duarte, para muchos, no puede ser elevado demasiado si no se rebaja considerablemente a su compañero de martirio y a la inversa. Pero con esta pugna quedan siempre ambos demasiado bajos, puesto que con ella sólo se consigue hacer resaltar los defectos que como seres humanos han de tener necesariamente.

En cuanto a Pedro Santana, unos creen que sus restos deben descansar en el Altar de la Patria. Otros que no merece más que la piedad de una tumba desconocida.

En lo que se refiere a este último, la disparidad de criterios se justifica más, dada la compleja y aparentemente contradictoria personalidad del Marqués de las Carreras. Decimos, *aparentemente*, porque si se estudia con profundidad y criterio verdaderamente dominicanista la personalidad del rudo seibano y se aquilatan sus acciones a la luz de un juicio imparcial, se verá que él fué en su actuación justamente lo que pudo ser, sin que se le pudiera pedir más, por aquello de que es imposible pedir peras al olmo.

Pero lo que más sorprende en el estudio de la historia que a él concierne, es, que, de ella se desprende que, con sus errores y todo, Santana fué, en realidad, el CUARTO PADRE DE LA PATRIA por la sencilla e insoslayable

razón de que sin él no hubiera podido ser afirmada la independencia de la República Dominicana. Me atrevo a decir más: sin la férrea dictadura de Pedro Santana, por medio de la cual destruyó a sus enemigos políticos con la misma saña que destruía a sus enemigos en el campo de batalla, y que le permitió con ciertas alternativas de alta y baja, mantenerse en el poder durante cerca de veinte años, la independencia de la República Dominicana no hubiera podido subsistir, ya que sólo un hombre excepcional, de la vigorosa y gigantesca talla militar del machetero del Prado, cuyo émulo no se vislumbraba en parte alguna, hubiera podido vencer a los haitianos en las más arriesgadas y decisivas jornadas.

Pero, para desenvolver mejor la afirmación que entraña el anterior razonamiento, veamos los hechos más importantes de esa época.

Duarte y sus trinitarios habían creado una patria que estaba con toda probabilidad destinada a ser tan precaria como la Independencia efímera de Núñez de Cáceres en 1821. Cuando después del golpe del 27 de Febrero llegó la noticia de que Herard avanzaba sobre Azua, los patriotas de la puerta del Conde no sabían qué hacer, ni a quién poner a la cabeza de una tropa que no existía. Recuérdese las vacilaciones de algunos de los conjurados y la necesidad del trabucazo de Mella para envalentonarlos. Durante e inmediatamente después del 27 de Febrero y ya capituladas las fuerzas haitianas de la Capital, no sólo no había tenido lugar un combate que pudiera llamarse tal, sino que únicamente había habido dos disparos en toda la asonada independentista: el solitario disparo de Mella y el disparo inne-

cesario que mató a un marino en la Capitanía del Puerto. No sin razón ha sonado tan estrepitosamente en la historia el tonante trabucazo del rebelde patriota de la Misericordia!

La cosa se resolvió cuando apareció Santana con su guerrilla de macheteros que había volado a la Capital después de proclamada la independencia en el Seybo. Había llegado *el hombre*. El hombre que tenía la recia personalidad que el momento pedía, el hombre al cual los macheteros, y los que no lo eran, seguían con fé ciega. Genio militar, o no, Santana fué el *hombre necesario*, rudo, salvaje, amorfo, que había de inspirar un miedo cerval a los haitianos, ese miedo que nunca llegaron a inspirar los trinitarios. Lo mismo que aquel General que ganaba batallas después de muerto, Santana, por el temor que inspiraba, por sus mismos actos brutales contra sus compatriotas, ganaba batallas antes de darlas..

Otros patriotas dominicanos, como Duvergé, Cabral, Valerio etc., le ayudaron en la árdua tarea, es verdad. Pero lo cierto es que, por una razón u otra, y sin tener quizás grandes dotes militares, Santana fué el Jefe indiscutible, el hombre encarnación del triunfo.

¿Que Santana fué un obtuso de mente primaria? No hay quien sea tan insensato como para negarlo. Por eso trató a sus enemigos políticos en la misma forma que trataba a los haitianos: a sangre y a fuego. Pero, como dijimos, precisamente por eso, por ser un ente hosco, impudoso, inexorable, pudo ser el líder triunfal en la campaña contra el haitiano. Todos en aquella época seguramente comprendían (aunque ahora muchos no quieren comprender-

lo) que se necesitaba a alguién que fuera tan bárbaro como los haitianos mismos para vencer a aquella avalancha salvaje y arrolladora.

En la actualidad hay un criterio que cuenta con numerosos adeptos y es sostenido por el ensayista Miguel Angel Monclús, en su obra "El caudillismo en la República Dominicana", que trata de demostrar que Santana no fué un genio militar, ni siquiera un gran militar y hasta llega a negarle valor personal.

Pero, lo que a nosotros, en último término, nos interesa es demostrar que si Santana no fué un genio militar, por lo menos, sus contemporáneos y sobre todo la masa del pueblo, *si lo creía un genio militar*, veían en él, el jefe que les inspiraba confianza, de tal modo que a su sola presencia surgían y se improvisaban tropas con una facilidad asombrosa, cosa que no lograban, ni Duarte, ni Sánchez, con sus actitudes doctorales de casaquía de paño y corbata de raso negro.

Se necesita tener una miopía intelectual muy avanzada para no ver que Duarte, con ser el apóstol y tener muchos más méritos intrínsecos que Santana, *no inspiraba gran simpatía entre el pueblo*, aunque sí tenía fuerte apoyo en la minoría burguesa e intelectual. No hay que olvidar el poco caso que se le hizo cuando regresó del exilio para ponerse a las órdenes de las fuerzas restauradoras. Una tremenda injusticia, sin duda. Pero ello no era sino la consecuencia del atraso intelectual y la poca cultura de una masa que, por ley natural, tenía que creer más en la virtualidad de un machete que en la de una pluma, en la

materialidad de una batalla que en el idealismo de un principio.

El triunfo de Santana en la batalla del 19 de Marzo fué calificado de *milagro*. Pero el *milagro* no fué, ciertamente, el de que se ganara la batalla, sino el de que hubiera aparecido, inopinadamente, en el conturbado escenario dominicano un hombre que, con muchas o pocas virtudes militares, sería de ahí en adelante, como dijimos, el *símbolo* de la derrota haitiana. La recia personalidad de Santana se destacó tan vigorosamente, que el hatero del Seybo se convirtió, más que los trinitarios, en la encarnación de la patria libre, ya que el pueblo dominicano, como cualquier otro pueblo, cree más en los hombres de acción y envergadura, que en los que forjan ideales sentados en un escritorio.

Fué pues, una inmensa suerte que Santana triunfara, además, en el campo político, porque esto le permitió asumir siempre el mando de las tropas dominicanas cada vez que la manía invasora haitiana (llamémosle así) se manifestaba, como lo hizo en repetidas ocasiones, con mayor violencia a medida que el tiempo transcurría.

Por otra parte, están, sin duda, errados, los que piensan que Santana pudo haber cosechado idénticas glorias militares, sin invadir el campo político. El estudio detenido y razonado de los hechos de esa época, demuestra que esta posibilidad no existió. Recuérdese que después de la batalla del 19 de marzo, Santana había tenido una seria desavenencia con Duarte, quien había ido a entrevistarle a Baní, con orden de la Junta Central Directiva de sustituirlo en el mando, a menos que ambos se pusieran de

acuerdo para, juntos, intentar una acción contra Herard. Santana se negó a seguir las instrucciones de la Junta y entonces se enemistó con Duarte. El 9 de junio de 1844 Duarte y sus compañeros derrocaron la Junta Central Gubernativa, que había apoyado la actitud de Santana, y formaron una compuesta por ellos mismos. Era evidente que uno de los fines de esta Junta era enfrentarse con Santana y de ser posible, eliminarlo del campo político y aún del militar.

El sagaz seibano no perdió tiempo y valiéndose del prestigio que ya había adquirido, se trasladó a la Capital y derrocó la nueva Junta, formando otra, en la cual él asumió la presidencia. El tenía "el sartén por el mango" (esta situación se ha producido en otras ocasiones memorables en nuestra historia) y no era lógico, ni humano que se lo dejara quitar.

Santana, en lo político y en lo militar, siempre pegó rápida y fuertemente, y no era amigo de medias tintas. No vaciló, pues, en enviar al exilio a Duarte y a sus compañeros. Pero esta acción, así como la causa que la provocó, tenían un carácter político, ya que, al fin y al cabo, era una lucha por la supremacía política.

## II

En la lucha por la supremacía política, como vimos anteriormente, el triunfo correspondió a Santana. Y cabe preguntar: ¿por qué triunfó Santana? Pues, precisamente porque era fuerte y nada lo detenía en el logro de su propósito. Acostumbrado a despreciar su propia vida, como

lo demostró en innumerables actos de arrojo, poco le importaba la vida de los demás. Y así, hay que observar que al que desprecia su propia vida, precisamente porque no crea que tenga ésta ningún valor, hay que acreditarle menos responsabilidad cuando destruye la vida de otros.

La gran alabanza que se ha hecho siempre de Duarte es aquella que se basa en su alto sentido de humanitarismo, y en que nunca, por motivos patrióticos o políticos, suprimió una vida humana. Pero, ¿es que acaso tuvo Duarte la oportunidad de fusilar a alguien? ¿Fue él, en alguna ocasión, Presidente efectivo o jefe de algún ejército? ¡Jamás! Entonces no es prudente meter las manos en el fuego por él, y no es prudente tampoco olvidar que el poder, en medios como el nuestro, pone a veces al mandatario, en situaciones tan comprometidas y violentas, que éste, para su propio y ajeno respeto, no le queda más camino que hacer ver que, al fin y al cabo, las riendas del mando, están en "las manos de un macho".

Para no citar más casos, ahí está el Padre Meriño, apostrofando evangélicamente, desde el púlpito de la Catedral, a Báez, con frases resonantes, tomadas a veces de otros oradores americanos, y que permitió en su gobierno, años después, los macabros fusilamientos en el cementerio de la Capital, no obstante las peticiones de clemencia que se le hicieran por connotadas personalidades.

De modo que, ateniéndonos a los hechos, hay que convenir en que la aparición de Pedro Santana en el escenario de la historia dominicana el 19 de marzo de 1844, fué un hecho providencial, un inmenso bien, o si se quiere, *el mal necesario*, para que la independencia dominicana fue-

ra una realidad perenne. Y como la historia tiene esos contrastes, podría decirse que al alto costo del sacrificio de Duarte y sus compañeros, se salvó la República que éstos crearon.

Quizás haya quienes piensen que la historia pudo haber sido de otra manera y que si no hubiera sido por la intransigencia de Santana contra Duarte y sus compañeros, ambos contendores pudieron haber llegado a un entendido beneficioso para todos. Por nuestra parte, no creemos que tal cosa fué posible. La inestabilidad política de la República desde los días de su creación fué algo característico y verdaderamente alarmante. Santana tuvo la virtud, por no decir la genialidad, de comprender, que una vez iniciadas las rivalidades entre él, de una parte, y Duarte y sus amigos de la otra, ya no había en el país, cabida para los dos. Ambos hombres tenían demasiados méritos en el campo patriótico, y al mismo tiempo (por incompatibilidad de ideales) demasiadas divergencias en el campo político. En palabras vulgares, podría decirse que eran demasiado gallos para tan reducido patio.

En la lucha, naturalmente, había de vencer el más fuerte, el más inexorable, el más audaz. Y la razón suprema de la historia, tan alejada de pueriles sentimentalismos, nos dice que, al fin y al cabo, fué mejor para el definitivo bien de la patria que triunfara y llevara el mando el hombre que fué símbolo de derrota para el haitiano, que era el único y positivo peligro que se cernía sobre la naciente nacionalidad.

\* \* \*

Los puntos más oscuros de la historia de Santana son aquellos que se refieren a los fusilamientos de María Tri-

nidad Sánchez, de Francisco del Rosario Sánchez, Duvergé y los hermanos Puello y el acto inaudito de la anexión a España por parte de quien ostentaba el glorioso título de Libertador.

Estos hechos, naturalmente, no tienen justificación alguna desde el punto de vista del derecho y de la moral. Pero, y esto es lo importante, desde el punto de vista del propio Santana tenían una justificación en lo político y aún en lo patriótico.

No cabe duda que María Trinidad Sánchez, y los demás, conspiraban contra el poder político de Santana, aunque involucraban en ello motivos patrióticos. Pero Santana, además de tener el motivo político de querer sostenerse en el poder, tenía también su motivo patriótico, a su manera. Santana se consideraba a sí mismo (y no le faltaba razón, hasta cierto punto) como la encarnación de la patria misma, en tanto que él era el único contenedor posible de la manía invasora haitiana. Desde el punto de vista personalísimo de Santana, era pues, María Trinidad y los demás, unos criminales de lesa patria, aún cuando para María Trinidad y sus amigos fuera Santana el traidor.

Cuestión de apreciación para juzgar la cual, aún en la época presente, hay que ponderar con mucho cuidado y en su exacto valor los motivos circunstanciales y aparentemente justos que, al modo de ver de cada uno, tuvieron ambos contendores.

Pero de todos modos, y esto es lo que importa, al presente estudio; Santana creyó de buena fé, que su deber de hombre enérgico, en cuyas manos estaba el destino de la

patria, era sacrificar a María Trinidad y a los demás, y así lo hizo sin vacilación alguna.

Los casos particularísimos del fusilamiento de Sánchez y de la anexión a España, tienen, a nuestro juicio, la siguiente explicación, que atenúa en mucho la responsabilidad histórica del rudo machetero del Prado. *Santana era un gran patriota que no tenía noción de lo que era patria.* Para él, la cuestión haitiana, había llegado a ser una obsesión enfermiza que le había hecho perder el concepto de patria como entidad ideal libre, para concebirla sólo, *como entidad liberada a toda costa del haitiano.*

No hay que olvidar, que Sánchez, en su postrera aventura independentista había buscado apoyo en un haitiano: el Presidente Favre Geffard. Aunque ni remotamente es posible dudar de las puras intenciones del mártir del Cercado, es muy posible, que Santana, cegado por su odio al haitiano y por la pasión política, creyera a Sánchez capaz de aliarse a su mortal enemigo —el haitiano— para vencerlo, tal como él se había unido a los españoles.

Del concepto anteriormente expresado, proviene también, a nuestro juicio, el error tristísimo, que no la villanía, de la anexión a España. La mente abstrusa del Marqués de las Carreras no veía en ella sino un paso hábil, que nos traería la consolidación de nuestra cultura hispana, nos proporcionaría incalculables beneficios y nos libraría para siempre del haitiano. Naturalmente, se equivocó de plano. Cuando comprendió su error, fué tan inexorable consigo mismo como lo había sido con sus semejantes. No se doblegó, entonces, ni ante los dominicanos que lo consideraban un traidor, ni ante los españoles que lo considera-



ban un vasallo. Y cuando estuvo a punto de sucumbir a mano de uno u otro, la muerte vino a ayudarlo. Nunca ningún héroe murió más a tiempo. Acudió a su llamada con puntualidad como había llegado siempre a tiempo al combate, en los cuales su brazo formidable fué el férreo índice que señaló para su patria las rutas de la suprema redención.

### III

Santana pués, una vez demostrada su buena fé, y su recta intención, tiene, en el fallo sereno de la historia, una atenuante tan grande que no sería justo calificarlo como un desalmado, sino como un equivocado. Y la distancia, entre ambos conceptos, es, sin duda, muy considerable.

Si enseguida, consideramos su denodada e intachable carrera de armas, veremos como sus errores forman una leve nube casi invisible en el firmamento constelado de estrellas de su gloria militar.

Pedro Santana, es, pues, una de las figuras más atractivas de la patria dominicana por su brillante y contradictoria personalidad, que llena, hasta rebozarlos, casi veinte años de su historia. Amó la gloria y el poder y como un semi-dios corrió a alcanzarlos sin que nada, ni nadie pudiera detenerlo. Es un héroe al estilo griego, que pudo ser glorificado por la fantasía de Hesiodo y la mano de Praxiteles.

A nuestro juicio, se impone ya, con respecto a él, un acto de rectificación histórica, ya que él debe ocupar el mismo rango que Duarte y Sánchez, en la veneración de los dominicanos, aunque en el firmamento de la patria aquéllos sean como nítidos luceros y este como un sol resplan-

deciente. Todos amaron la patria intensamente y todos dedicaron su vida a engrandecerla y glorificarla en la manera en que cada uno entendía la grandeza y la glorificación.

Para comprender más concretamente como se igualan y como se completan la gloria de Duarte y la de Santana baste decir que *sin uno de ellos no habría habido independencia*. Los dos han sido, pues, la razón única, el motivo supremo, que dió nacimiento y vida a la patria dominicana.

No obstante todo esto, un intelectual dominicano ha dicho que de poner a Santana en el Altar de la Patria, habría que sacar de él a Duvergé. Este intelectual olvida que los muertos no saben de intrigas, ni de egoísmos, ni de envidias. Esas son cosas de nosotros, los vivos. Los muertos no pelean. Santana, Duarte, Duvergé, María Trinidad, Fco. del Rosario Sánchez, Ramón Mella, reposan en la inmortalidad y cualesquiera que hayan sido las circunstancias que los distanciaron en vida, quedan esfumadas ante el sólo hecho de que todos ellos —con sus errores y pasiones— contribuyeron, en la medida de su capacidad y de su condición humana a forjar nuestra Independencia.

Para nuestros ojos humanos todos deben estar en el mismo nivel en el cielo de la patria, como están para nuestros ojos en el mismo nivel, las estrellas, grandes y pequeñas, de ese firmamento, que es la mejor prueba y la mejor gloria del Supremo Hacedor.

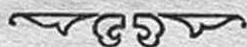
Es innegable que para juzgar la altura histórica de los héroes, hay que atenerse únicamente a sus hechos gloriosos, permitiendo que sus caídas y errores sean sólo un amortiguador de aquéllos, pero sin quitarles nada de su

fundamental grandeza. De lo contrario habría que bajar a muchos héroes de sus pedestales, ya que es casi imposible actuar con humana grandeza y no caer en las humanas flaquezas.

Errores tuvieron Napoleón, Bolívar, Máximo Gómez. Y siempre es más admirable un héroe con grandes glorias y grandes errores, que un héroe de menguada gloria y grandes y descoloridas virtudes negativas.

Naturalmente, la trágica grandeza de Pedro Santana no debe ser óbice para que la pura e inmarcesible grandeza de Juan Pablo Duarte brille con sus más prístinos fulgores. Yo he sido el primero que ha escrito toda una obra (*La Gloria Llamó Dos Veces*) con el único propósito de contribuir a hacer resaltar su figura apostólica con los merecidos relieves. Pero que Duarte haya sido grande, con una grandeza casi divina no quita que Santana haya sido grande con una grandeza muy humana.

Porque el deber del historiador no es el de enfrentar a los personajes históricos, sean héroes, estadistas, o simplemente caudillos, para que se destruyan mutuamente, sino el de presentarlos tal como son y hacer resaltar, con imparcialidad y con criterio verdaderamente dominicanista y patriótico, lo que hizo cada uno, dentro de su característica personalidad y atendiendo a las circunstancias de tiempo y lugar, por el bienestar y el engrandecimiento de la patria.



SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN LOS TALLE-  
RES TIPOGRAFICOS DE VIRGILIO MON-  
TALVO, EN CIUDAD TRUJILLO, REPUBLI-  
CA DOMINICANA, EL DIA 22 DE NOVIEM-  
BRE DE 1949.



